

minotauro

RAY BRADBURY

LAS MAQUINARIAS
DE LA ALEGRÍA



RAY
BRADBURY
LAS MAQUINARIAS DE LA ALEGRÍA

minotauro

Título original:
The Machineries of Joy

© 1964, renewed 1992 by Ray Bradbury
All rights reserved
© Traducción de Aurora Bernárdez

© Editorial Planeta, S. A., 1976
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0766-2
Depósito legal: B. 1.966-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Las Maquinarias de la Alegría

El padre Brian se entretuvo un rato antes de bajar a tomar el desayuno, pues pensó que había oído al padre Vittorini allá abajo, riendo. Vittorini, como de costumbre, desayunaba solo. ¿Con quién se reía entonces, o de qué?

De nosotros, pensó el padre Brian, de eso se ríe.

Escuchó otra vez.

Del otro lado del pasillo el padre Kelly estaba también encerrado, o meditando quizás, en su propia habitación.

Nunca dejaban que Vittorini terminara de desayunar, no; siempre se las arreglaban para llegar abajo cuando Vittorini masticaba ya el último trozo de tostada. De otro modo no habrían podido cargar con la culpa a lo largo del día.

De cualquier manera era risa, ¿no?, lo que se oía allá abajo. Vittorini había descubierto algo en el *Times* de la mañana. O, peor, se había pasado la mitad de la noche en compañía de ese espectro profano, el televisor que estaba en la entrada como un huésped indeseable, un pie en la extravagancia, el otro en la calma ecuatorial. Y, la mente blanqueada por la bestia elec-

trónica, Vittorini planeaba ahora alguna brillante y nueva diablura; los engranajes le daban vueltas en la mente silenciosa, sentado a la mesa y ayunando deliberadamente, esperando atraer a los curiosos con el sonido del buen humor italiano.

—Ah, Dios.

El padre Brian suspiró y pasó el dedo por el sobre que había preparado por la noche. Lo había guardado en la chaqueta como medida protectora, pues quizá se decidía a dárselo al pastor Sheldon.

¿Lo detectaría el padre Vittorini a través de la ropa con esa visión suya de rápidos y oscuros rayos X?

El padre Brian se pasó firmemente la mano a lo largo de la solapa para borrar el más mínimo contorno de la carta. Allí le pedía a Sheldon que lo transfirieran a otra parroquia.

—Adelante.

Y murmurando una plegaria, el padre Brian fue escaleras abajo.

—Ah, padre Brian.

Vittorini alzó la vista del tazón todavía colmado de cereales. La bestia ni siquiera había azucarado los copos de maíz.

El padre Brian se sintió como si hubiera adelantado un pie en el hueco de un ascensor.

Extendió en seguida una mano para no caer. Tocó la caja del televisor. El aparato estaba caliente. El padre Brian no pudo dejar de decir:

—¿Hubo sesión aquí, anoche?

—Estuve en vela con el aparato, sí.

—¡En vela es la expresión exacta! —gruñó el padre Brian—. ¿No se pasa uno la noche en vela con los enfermos o los muertos? Yo mismo me entretenía en otro tiempo con la tabla güija. Era algo bastante más inteli-

gente. –Brian apartó los ojos del idiota eléctrico y miró a Vittorini-. Y escuchó usted gritos lejanos y chillidos de monos desde... ¿cómo se llama? ¿Cañaverall?

–Cerraron la transmisión a las tres de la mañana.

–Y aquí está usted ahora, fresco como una margarita. –El padre Brian se adelantó meneando la cabeza–. Lo cierto no es siempre hermoso.

Vittorini derramó vigorosamente la botella de leche sobre los copos.

–Pero usted, padre Brian, parece que se hubiese paseado toda la noche por el infierno.

Afortunadamente, en ese momento entró el padre Kelly. Se quedó helado cuando vio que los fortificantes del padre Vittorini estaban casi intactos. Murmuró un saludo, se sentó y le echó una ojeada al perturbado padre Brian.

–Es cierto, William, parece usted un poco ausente. ¿Insomnio?

–Algo.

El padre Kelly miró a los dos hombres ladeando la cabeza.

–¿Qué pasa aquí? ¿Ocurrió algo mientras yo estaba afuera anoche?

–Tuvimos una pequeña discusión –dijo el padre Brian jugueteando con los copos secos de maíz.

–¡Pequeña discusión! –dijo el padre Vittorini. Tenía ganas de reírse, pero se contuvo y comentó simplemente–: El papa italiano preocupa al sacerdote irlandés.

–Por favor, padre Vittorini –dijo Kelly.

–Permítale que siga –dijo el padre Brian.

–Gracias por el permiso –dijo Vittorini, muy cortés y asintiendo amablemente con un movimiento de cabeza–. El papa es un motivo constante de reverente

irritación para algunos o quizá para todos los clérigos irlandeses. ¿Por qué no un papa llamado Nolan? ¿Por qué un sombrero rojo y no verde? ¿Por qué no mudar la catedral de San Pedro a Cork o Dublín y que venga el siglo veinticinco?

–Espero que nadie haya dicho *eso* –observó el padre Kelly.

–Soy un hombre malhumorado –dijo el padre Brian–. Y saqué esa conclusión en medio de mi enojo.

–¿Enojo? ¿Por qué? ¿Y cómo sacó esa conclusión?

–¿Escuchó lo que dijo acerca del siglo veinticinco?

–preguntó el padre Brian–. Bueno, es el tiempo en que Flash Gordon y Buck Rogers entran volando por las claraboyas del baptisterio y su seguro servidor escapa como puede.

El padre Kelly suspiró.

–Ah, Dios, ¿otra vez esa broma?

El padre Brian sintió que se le encendían las mejillas, pero se dominó mandando la sangre de vuelta a regiones más frescas del cuerpo.

–¿Broma? Mucho más. Durante todo un mes Cañaveral por aquí y trayectorias y astronautas por allá. Parece que fuera el cuatro de julio. Se pasa la mitad de la noche mirando los cohetes. Quiero decir, ¿qué clase de vida es esta, de la medianoche en adelante divirtiéndose en compañía de esa máquina Medusa que le congela a uno la inteligencia si la mira un rato? No puedo dormir pensando que toda la rectoría saldrá volando en cualquier minuto.

–Sí –dijo el padre Kelly–. Pero ¿qué es eso acerca del papa?

–No el último, el penúltimo –dijo Brian, fatigado–. Muéstrele el recorte, padre Vittorini.

Vittorini titubeó.

–Muéstrela –insistió Brian firmemente.

El padre Vittorini sacó un pequeño recorte y lo puso sobre la mesa.

Aun cabeza abajo, el padre Brian alcanzaba a leer la mala noticia: El papa bendice el asalto al espacio.

El padre Kelly extendió un dedo y tocó cautelosamente el recorte. Entonó la historia a media voz, subrayando cada palabra con la punta del dedo:

CASTEL GANDOLFO, ITALIA, 20 DE SEPT. – El papa Pío XII ha bendecido hoy los esfuerzos de la humanidad en la conquista del espacio. El pontífice ha dicho a los delegados del Congreso Internacional de Astronáutica: «Dios no tiene intenciones de poner límite a los esfuerzos del hombre por conquistar el espacio». Los 400 delegados del Congreso de 22 naciones fueron recibidos por el papa en la residencia de verano de Castel Gandolfo. «Este Congreso tiene una notable importancia en momentos en que el hombre ha iniciado la exploración del espacio exterior», dijo el papa. «Es una tarea que concierne a toda la humanidad... El hombre tendrá que tener una nueva actitud en relación con Dios y el universo».

La voz del padre Kelly se apagó.

–¿Cuándo apareció esta historia?

–En 1956.

–¿Hace tanto tiempo? –El padre Kelly dejó el recorte en la mesa–. No lo leí.

–Parece –dijo el padre Brian– que usted y yo, padre, no leemos mucho.

–Cualquiera pudo haberlo pasado por alto. Es un artículo minúsculo.

–Lo importante es –dijo Vittorini– que cuando ha-

blé por primera vez de esta historia mi veracidad fue puesta en duda por todos. Ahora vemos que no me aparté de la verdad.

–Claro –dijo rápidamente el padre Brian–, pero como dice nuestro poeta William Blake: «Una verdad dicha con mala intención es más poderosa que todas las mentiras juntas».

–Sí. –Vittorini se mostró todavía más amable–. Pero, acaso no escribió Blake también:

*Aquel que duda de lo que ve,
nunca creerá, hagas lo que hagas.
Si el sol y la luna dudaran
desaparecerían inmediatamente.*

–Muy apropiado –dijo el sacerdote italiano– para la era del espacio.

El padre Brian se quedó mirando a aquel hombre intolerable.

–Le agradecería que no nos citara *nuestro* Blake a nosotros.

–¿*Vuestro* Blake? –dijo el hombre pálido y delgado, de cabellos oscuros y algo lustrosos–. Raro, siempre pensé que era inglés.

–Mi madre –dijo el padre Brian– encontraba alivio y consuelo en la poesía de Blake. Decía que Blake tenía sangre irlandesa por el lado materno.

–No lo pondré en duda –dijo el padre Vittorini–. Pero volvamos a la noticia del periódico. Ahora que la encontramos, ¿no parece adecuado que investiguemos la encíclica de Pío XII?

La cautela del padre Brian, que era como un segundo sistema nervioso, se puso en guardia.

–¿Qué encíclica es esa?

–Bueno, la que habla de los viajes por el espacio.

–No hay tal encíclica.

–Sí que la hay.

–¿Sobre los viajes por el espacio, una encíclica especial?

–Una encíclica especial.

El golpe echó hacia atrás, sobre las sillas, a los dos sacerdotes irlandeses.

El padre Vittorini movió las manos como un hombre que se limpia la ropa después de una explosión y descubre unas hilachas en la manga de la chaqueta y una migaja o dos de pan tostado sobre el mantel.

–¿No hubiera bastado que les estrechara las manos al equipo de astronautas diciéndoles «bien hecho» y todo eso, sino que además tenía que escribir esa larga tirada? –dijo Brian con una voz moribunda.

–No hubiera bastado –dijo el padre Vittorini–. De-seaba, oí decir, comentar largamente el problema de la vida en otros mundos y las posibles consecuencias para el pensamiento cristiano.

Cada una de estas palabras, pronunciadas con mucha nitidez, hizo que los otros dos hombres se echaran todavía más atrás en las sillas.

–¿Oyó decir? –preguntó el padre Brian–. ¿Todavía no lo ha leído usted mismo?

–No, pero tenía la intención...

–Usted tiene la intención de todo, incluyendo lo peor. A veces, padre Vittorini, usted no habla, y me desagrada decírselo, como un sacerdote de la Santa Madre Iglesia.

–Hablo –replicó Vittorini– como un sacerdote italiano que se siente preso de algún modo y trata de preservar las tensiones de la superficie vadeando un pantano eclesiástico donde soy superado en número por

una manada de clérigos llamados Shaughnessy, Nulty y Flannery que corren espantados como caribúes y visones cada vez que me atrevo a murmurar «bula pontificia».

—No dudo —y aquí el padre Brian miró entornando los ojos hacia la dirección aproximada del Vaticano— de que si hubiese dependido de usted, si usted hubiese estado allí, habría metido al Santo Padre en todas estas monerías de los viajes por el espacio.

—¿Yo?

—¡Usted! ¿No es usted acaso, y no nosotros por cierto, quien se pasa las horas metiendo las narices en esas revistas, con naves del espacio en las tapas brillantes y horribles monstruos verdes de seis ojos y diecisiete aparatos electrónicos que persiguen a hembras vestidas a medias en esta o aquella luna? Lo he oído a usted tarde de noche siguiendo la cuenta atrás de diez, nueve, ocho hasta uno, en compañía de la bestia TV, y nosotros acostados esperando esas temibles sacudidas que nos harán saltar las emplomaduras de las muelas. ¡Entre un italiano aquí y otro en Castel Gandolfo, y Dios me perdone, se las han arreglado para quitarles el ánimo a toda la clerecía irlandesa!

—La paz —dijo el padre Kelly al fin— sea con vosotros.

—Y paz es lo que tendré, de un modo o de otro —dijo el padre Brian sacando el sobre del bolsillo.

—Guarde eso —dijo el padre Kelly adivinando el posible contenido del sobre.

—Por favor, dele esto en mi nombre al pastor Sheldon.

El padre Brian se incorporó pesadamente y miró alrededor buscando la puerta y algún modo de dejar el cuarto. Un instante después, ya no estaba allí.

—¡Mire lo que ha hecho! —dijo el padre Kelly.

El padre Vittorini, sorprendido de veras, había dejado de comer.

–Pero, padre, pensé todo el tiempo que era una discusión amable donde cada uno de nosotros interpretaba su papel, él en voz alta y yo en voz baja.

–Bueno, el juego duró demasiado y la maldita diversión es ahora una cuestión grave –dijo Kelly–. Ah, usted no conoce a William como yo. Lo ha hecho pedazos.

–Haré lo posible por poner remiendo.

–¡Pondrá remiendo a los fondillos de sus pantalones! Apártese del camino, este es mi trabajo ahora. –El padre Kelly cogió el sobre de la mesa y lo alzó a la luz–. La radiografía del alma de un pobre hombre. Ah, Dios.

Corrió escaleras arriba.

–¿Padre Brian? –Aminoró el paso–. ¿Padre? –llamó a la puerta–. ¿William?

En el cuarto del desayuno, solo una vez más, el padre Vittorini recordó los últimos copos que aún tenía en la boca. No sabían a nada. Le llevó mucho tiempo tragárselos.

Por fin, poco después del almuerzo, el padre Kelly logró arrinconar al padre Brian en el melancólico jardin-cito detrás de la rectoría y le devolvió el sobre.

–Willy, quiero que rompa esto. No me parece bien que abandone en medio de la partida. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes así?

El padre Brian suspiró pero no rompió el sobre.

–Fue creciendo poco a poco y al fin nos envolvió. Al principio yo le nombraba escritores irlandeses y él replicaba con óperas italianas. Luego yo le hablé del Libro de Claves en Dublín y él me llevó de paseo por el Renacimiento. Gracias a Dios, por los pequeños favores, Vittorini no descubrió antes esa condenada encí-

clica papal, o yo me hubiese ido a un monasterio donde se guarda voto de silencio. Pero aun allí, me temo, me seguiría contando al revés y en lenguaje mudo las partidas de los cohetes. ¡Qué abogado del diablo habría podido ser ese hombre!

—¡Padre!

—Haré penitencia por eso más tarde. Es solo esta nutria oscura, esta foca, que retoza con el dogma de la Iglesia como si fuese una rayada pelota saltarina. ¡Está bien que las focas hagan travesuras, pero opino que no deben mezclarse con los verdaderos fanáticos, como usted y yo! Perdóneme el orgullo, padre, pero ¿no le parece que nos apartamos del verdadero tema cada vez que el *piccolo* empieza a tocar entre nosotros los arpistas? ¿No está usted de acuerdo?

—Qué enigma, Willy. Nosotros los de la Iglesia tenemos que ser un ejemplo modelo para los demás.

—¿Le ha dicho alguien eso al padre Vittorini? Si enfrentamos la verdad, los italianos son los rotarios de la Iglesia. No estamos seguros de que hubiesen sido capaces de mantenerse sobrios durante la Última Cena.

—Me pregunto si nosotros los irlandeses hubiésemos podido —musitó el padre Kelly.

—¡Hubiésemos esperado por lo menos a que la cena terminara!

—Bueno, ¿somos sacerdotes o barberos? ¿Nos quedaremos aquí partiendo pelos en el aire o afeitaremos a Vittorini con su propia navaja? William, ¿no tiene usted ningún plan?

—Quizá llamar a un bautista como mediador.

—¡Nada de bautistas! ¡Ha examinado usted la encíclica!

—¿La encíclica?

—¡Ha permitido usted que la hierba le crezca entre los dedos de los pies desde la hora del desayuno! ¡Leamos ese edicto sobre los viajes por el espacio! ¡Memorícelo, acarícelo y luego contraataque al hombre del cohete en su propio territorio! Por este lado, a la biblioteca. ¿Cuál es el grito de los más jóvenes en estos días? ¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ahora!

—O algo parecido.

—Bueno, diga usted algo parecido, entonces, hombre. ¡Y sígame!

Cuando entraban, se encontraron con el pastor Sheldon, que salía de la biblioteca.

—Es inútil —dijo el pastor, sonriendo, mirando los rostros febriles de los hombres—. No la encontrarán aquí.

—¿No encontraremos qué? —El pastor miró la carta que el padre Brian llevaba todavía entre los dedos. El padre Brian notó la mirada y ocultó el sobre rápidamente—. ¿No encontraremos qué, señor?

—Una nave del espacio es un poco demasiado grande para nuestra casa —dijo el pastor tratando torpemente de mostrarse enigmático.

—¿Entonces el italiano ya le ha venido con el cuento? —exclamó el padre Kelly descorazonado.

—No, pero los ecos resuenan de algún modo en este lugar. He querido investigar yo mismo.

—Entonces —murmuró Brian con alivio—, ¿está usted de nuestro lado?

En los ojos del pastor Sheldon apareció una sombra de tristeza.

—¿Hay un lado para esto, padres?

Entraron los tres en la pequeña biblioteca, donde el padre Brian y el padre Kelly se sentaron incómodos

en los bordes de unas sillas duras. El pastor Sheldon se quedó de pie observando la incomodidad de los otros.

–Bueno, ¿por qué le tienen miedo al padre Vittorini?

–¿Miedo? –La palabra sorprendió al padre Brian, y estalló en voz baja–: Es enojo en realidad.

–Una cosa lleva a la otra –admitió Kelly, y continuó–: Verá usted, pastor, es casi como si desde una aldea toscana arrojaran piedras a Meynooth, que está, como usted sabe, a unos pocos kilómetros de Dublín.

–Soy irlandés –dijo el pastor pacientemente.

–Sí, pastor, y razón de más para que nos parezca inconcebible esta calma suya en medio del desastre –dijo el padre Brian.

–Soy irlandés de California –dijo el pastor.

El pastor dejó que esto descendiese poco a poco. Cuando llegó al fondo, el padre Brian gruñó miserablemente:

–Ah. Nos habíamos olvidado.

Y miró al pastor y vio allí la piel recientemente oscura, quemada por el sol, de alguien que había caminado con la cara mirando hacia el cielo como un girasol, aun aquí en Chicago, tomando toda la luz y el calor posibles para mantener así el color y el bienestar. Aquí estaba un hombre que tenía una figura de un jugador de tenis y bádminton bajo la sotana, y las manos firmes y delgadas de un experto en juegos de pelota. En el púlpito, cuando el pastor movía los brazos en el aire, uno podía imaginarlo nadando bajo los cálidos cielos de California.

El padre Kelly dejó escapar una carcajada.

–Oh, las leves ironías, los simples destinos. Padre Brian, ¡aquí está nuestro bautista!

–¿Bautista? –preguntó el pastor Sheldon.

–No queremos ofenderlo, pastor, pero estamos buscando un mediador, y aquí está usted, un irlandés de California que ha conocido los vientos de Illinois tan poco tiempo y tiene aún el aspecto de los prados ondulantes y el sol de enero. Nosotros, nosotros nacimos y nos criamos como terrones en Cork y Kilcok, pastor. Veinte años en Hollywood no nos harían más amables. Y además, bueno, ¿no dicen que California se parece mucho... –y aquí Kelly hizo una pausa– a Italia?

–Ya veo a dónde va usted –murmuró el padre Brian.

El pastor Sheldon asintió con un movimiento de cabeza, mirando a los dos hombres con una expresión cálida y levemente triste.

–Mi sangre es como la de ustedes. Pero el clima en que me formé es como el de Roma. De modo que ya ve, padre Brian, cuando pregunté si había algún lugar, era mi corazón quien hablaba.

–Irlandés y sin embargo no irlandés –se quejó el padre Brian–. Casi italiano pero no del todo. Oh, el mundo nos confunde en la carne.

–Solo si se lo permitimos, William, Patrick.

El sonido de los nombres de pila sobresaltó un poco a los dos hombres.

–Todavía no me han respondido. ¿De qué tienen miedo?

El padre Brian se miró las manos, que se movían confusamente como dos luchadores.

–Bueno, es porque cuando ya tenemos casi arregladas las cosas de la Tierra, justo cuando ya se vislumbra la victoria, y la Iglesia está en el buen camino, viene entonces el padre Vittorini...

–Perdóneme, padre –dijo el pastor–. Lo que viene es la realidad. Lo que viene es el espacio, el tiempo, la entropía, el progreso; lo que viene es un millón de co-

sas, siempre. El padre Vittorini no inventó los viajes por el espacio.

–No, pero les saca provecho. Para él «al principio todo es misticismo y al final todo es política». Bueno, no importa. Esconderé el garrote si él deja a un lado esos cohetes.

–No, no cerremos los ojos –replicó el pastor–. Conviene no esconder la violencia ni ninguna forma especial de viaje. Mejor trabajar con eso. ¿Por qué no subimos a ese cohete, padre, y aprendemos algo?

–¿Aprender qué? ¿Que la mayoría de las cosas aprendidas en el pasado no son nada en Marte o en Venus o en cualquier sitio del demonio adonde Vittorini quiera empujarnos? ¿Expulsar a Adán y Eva de algún nuevo jardín, en Júpiter, con los fuegos de nuestros propios cohetes? O peor, ¿descubrir que no hay Edén, ni Adán ni Eva, ni condenada manzana ni serpiente, ni Caída, ni pecado original, ni anunciación, ni nacimiento, ni Hijo, y puede usted seguir adelante con la lista, nada de nada en todos los malditos mundos? ¿Es *eso* lo que tenemos que aprender, pastor?

–Si es necesario, sí –dijo el pastor Sheldon–. Es el espacio del Señor y los mundos del Señor en el espacio, padre. No se trata de que nos llevemos las catedrales con nosotros, cuando todo lo que necesitamos es un sitio donde pasar la noche. La Iglesia puede ir en una caja donde no caben más que los artículos de la misa, una caja fácil de manejar. Conceda esto al padre Vittorini: la gente de los climas meridionales aprendió hace tiempo a edificar en cera, que se funde y modela de acuerdo con los movimientos y necesidades del hombre. William, William, si usted insiste en levantar edificios de hielo, se harán pedazos cuando rompamos

la barrera del sonido o se fundirán en los fuegos del cohete, y lo dejarán a usted sin nada.

–Eso –dijo el padre Brian– es duro de aprender a los cincuenta años, pastor.

–Pero apréndalo, sé que lo hará –dijo el pastor tocándole el hombro–. Le encomendaré una tarea: hacer las paces con el sacerdote italiano. Encontrar esta noche algún camino que lleve al encuentro de las mentes. Trabaje duro, padre. Y ante todo, como nuestra biblioteca es escasa, busque y encuentre esa encíclica del espacio, así sabremos sobre qué estamos gritando.

Un instante después el pastor había desaparecido.

El padre Brian escuchó el sonido apagado de aquellos pies ligeros, como si una pelota blanca volara en las alturas del dulce aire azul y el pastor corriera para recogerla hábilmente.

–Irlandés pero no irlandés –dijo–. Casi italiano pero no del todo. ¿Y qué somos nosotros, Patrick?

–Empiezo a preguntármelo –fue la respuesta.

Y los dos sacerdotes se alejaron en busca de una biblioteca mayor que pudiera guardar algo relacionado con las reflexiones del papa acerca de un espacio que aumentaba de tamaño.

Bastante después de la cena de esa noche, en realidad casi a la hora de acostarse, el padre Kelly se movió por la rectoría llamando a las puertas y susurrando.

Poco antes de las diez, el padre Vittorini bajó las escaleras y se quedó boquiabierto.

El padre Brian, junto a la chimenea, calentándose al fuego de la estufa de gas que estaba allí dentro, no se dio la vuelta en seguida.

Habían apartado algunos muebles metiendo el aparato de televisión en un círculo de cuatro sillas, y dentro del círculo dos pequeños taburetes con dos botellas y cuatro vasos. El padre Brian se había encargado de todo esto y había rechazado la ayuda de Kelly. Al fin se giró; Kelly y el pastor Sheldon estaban entrando.

El pastor se detuvo en el umbral y examinó el cuarto.

–Espléndido. –Hizo una pausa y añadió–: Un momento. Déjenme ver... –Leyó la etiqueta de la botella–. El padre Vittorini se sentará aquí.

–¿Junto al vino irlandés? –preguntó Vittorini.

–Sí –dijo el padre Brian.

Vittorini, muy complacido, se sentó.

–Y el resto de nosotros se sentará junto al Lachryma Christi –dijo el pastor.

–Un vino italiano, pastor.

–Creo recordar que me hablaron de ese vino –dijo el pastor y se sentó.

–Bien. –El padre Brian se movió y sin mirar a Vittorini le sirvió una buena cantidad de vino–. Una transfusión irlandesa.

–Permítanme. –Vittorini agradeció con un movimiento de cabeza y se incorporó para servir a los otros–. Las lágrimas de Cristo y el sol de Italia –dijo–. Y ahora, antes de beber, tengo que decir algo.

Los otros esperaron mirándolo.

–La encíclica papal sobre los viajes por el espacio –dijo Vittorini al fin– no existe.

–Lo descubrimos –dijo Kelly– hace unas pocas horas.

–Perdónenme, padres –dijo Vittorini–. Soy como el pescador en la orilla que cuando ve peces pone más carnada. Sospeché siempre que no había tal encíclica.

Pero cada vez que aparecía el tema, tantos sacerdotes de Dublín negaban la encíclica..., llegué a pensar que tenía que existir. Ellos no tratarían de verificarlo, pues temían que existiera. Por mi parte, encerrado en mi orgullo, yo no buscaba, pues temía que no existiera. De modo que el orgullo romano no es muy distinto del orgullo de Cork. Me retiraré y guardaré silencio una semana, pastor, y haré penitencia.

–Bien, padre, bien. –El pastor Sheldon se incorporó–. Ahora haré un breve anuncio. El mes próximo llegará aquí un nuevo sacerdote. Lo he pensado mucho; es italiano, nacido y criado en Montreal.

Vittorini cerró un ojo y trató de imaginarse al hombre.

–Si la Iglesia ha de ser todas las cosas para todos los hombres –dijo el pastor–, me intriga la idea de una sangre caliente criada en un clima frío, como es el caso de este italiano, aunque también me fascina pensar en mí mismo: una sangre fría criada en California. Necesitamos otro italiano aquí que sacuda un poco las cosas, y este latino parece ser el tipo de hombre que sacudirá aún al padre Vittorini. ¿Nadie hace un brindis?

–¿Me permite, pastor? –El padre Vittorini se incorporó de nuevo, sonriendo, los ojos brillantes, mirando a uno y a otro. Alzó el vaso–. ¿No habla Blake en alguna parte de las Maquinarias de la Alegría? Es decir, ¿no promueve Dios los ambientes y luego intimida las naturalezas dando vida a la carne, llevando a hombres y mujeres de aquí para allá, como nos ocurre a todos? Y así, felizmente lanzados hacia adelante, dotados de gracia e ingenio en tranquilos mediodías, en climas serenos, ¿no somos las Maquinarias de la Alegría de Dios?

–Si Blake dijo eso –comentó el padre Brian–, lo rechazo de lleno. ¡Nunca vivió en Dublín!

Todos rieron.

Vittorini bebía el vino irlandés y guardaba un silencio adecuado. Los otros bebían el vino italiano y se sentían más amables, e instalado en su amabilidad el padre Brian llamó en voz baja:

–Vittorini, ¿no sintonizaría usted ahora el espectro diabólico?

–¿Canal nueve?

–¡El nueve exactamente!

Y mientras Vittorini movía las perillas, el padre Brian musitó por encima del vaso:

–¿Dijo Blake realmente eso?

–El hecho es, padre –explicó Vittorini, inclinado hacia los fantasmas que iban y venían por la pantalla–, que pudo haberlo dicho si viviese hoy. Lo escribí yo mismo anoche.

Todos miraron al italiano con un cierto temor. Luego el aparato de televisión emitió un zumbido y la pantalla se aclaró mostrando un cohete lejano listo para partir.

–Las Maquinarias de la Alegría –dijo el padre Brian–. ¿La que está usted sintonizando es una de ellas? ¿Y eso que está ahí es otra, el cohete en la plataforma?

–Podría ser esta noche –murmuró Vittorini–. Si ese trasto sube, y hay un hombre adentro, y gira alrededor del mundo, y el hombre todavía está vivo, y nosotros con él, aunque nos quedemos aquí sentados, eso nos daría mucha alegría, de veras.

El cohete estaba listo para partir, y el padre Brian cerró los ojos un momento. Perdóneme, Jesús, perdona el orgullo de un viejo y perdona el rencor de Vittorini, y ayúdame a entender lo que veo aquí esta noche, y permite que me quede despierto si es necesario, de buen humor, hasta el alba, y deja que todo vaya bien,

hacia arriba y hacia abajo, piensa en el hombre en esa máquina, Jesús, *piensa* y acompáñalo. Y ayúdale, Dios, mientras el verano es joven, pues nada impedirá que la noche del cuatro de julio Vittorini y los niños se reúnan en los prados de la rectoría y enciendan cohetes. Todos ellos mirarán el cielo, como en la mañana de la Redención y ayúdame, oh, Señor, a ser como esos niños ante la inmensa noche del tiempo y del vacío donde Tú permaneces. Y ayúdame a marchar hacia adelante, Señor, a encender el próximo cohete de la noche de la Independencia y estar allí junto al padre latino, el rostro animado por ese mismo deleite del niño que observa las ardientes glorias que Tú has puesto a nuestro alcance y que nos permites saborear.

Abrió los ojos.

Desde el lejano Cañaveral unas voces gritaban palabras en el viento. Unos poderes extraños y fantasmales se movían en la pantalla. El padre Brian bebía el último vaso de vino cuando alguien le tocó suavemente el codo.

—Padre —dijo Vittorini cerca—, ajústese el cinturón de seguridad.

—Lo haré —dijo el padre Brian—. Lo haré. Y muchas gracias.

Se reclinó en la silla. Cerró los ojos. Esperó el trueno. Esperó el fuego. Esperó la sacudida y la voz que le hablaría de algo tonto, raro, extraño y milagroso: cómo contar hacia atrás, siempre hacia atrás... hasta cero.